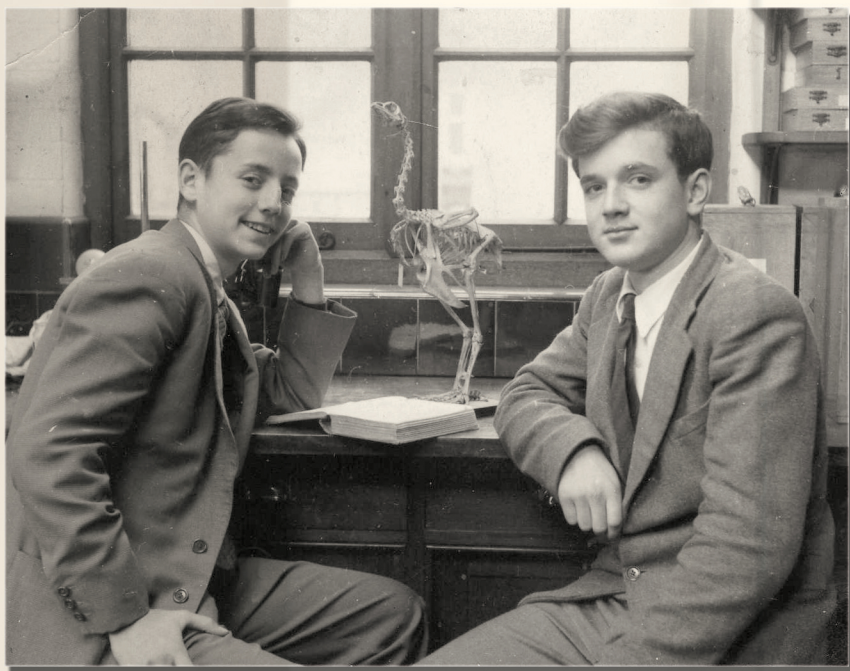


Francisco García Olmedo

EN EL ESPEJO DE LOS DÍAS



Francisco García Olmedo

EN EL ESPEJO DE LOS DÍAS



La editorial no se hace responsable de las opiniones vertidas por el autor.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012 EN EL ESPEJO DE LOS DÍAS

© Francisco García Olmedo

© 2012 Editorial: Vision Libros

C/ Magnolias 35 bis 28029 Madrid. España

Web: www.visionlibros.es Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9011-663-0

Descargado de: www.visionlibros.com

Portada: El autor con Dick Gregory en clase de Biología.

City of Oxford High School, Reino Unido, 1954

Disponible en papel y ebook

www.vnetlibrerias.com

www.terrabooks.com

Pedidos a:

pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:

subscripción@visionnet.es

*Para Antonio Ferres, instigador
y para Pilar, protagonista, testigo, crítica*



28-11-11

Abro mi buzón para confirmar que ya nadie ni nada me requieren, que de pronto no tengo papel en la obra del mundo. Sin plazos, sin proyectos, la flecha de mi tiempo es brújula sin norte, punta de veleta sin viento que la solicite. Sin embargo, aunque se vayan desmoronando mis “circunstancias”, sigo siendo yo, sigo existiendo. Era mi plan vivir en la escritura, esa aventura donde puedes dar lo mejor de ti y en la que tu pensamiento puede alcanzar el más alto y largo vuelo que su capacidad le permita. Ya he puesto negro sobre blanco todo lo que me correspondía por oficio y mi modesta contribución ha llegado a todos los lugares donde era relevante. Hasta ahora he tenido suerte con esa otra escritura que discurre fuera de mi ámbito asignado: lo que he escrito ha sido mucho mejor recibido de lo que hubiera podido soñar. Al encontrarme por primera vez ante la perspectiva de escribir sin destinatario, percibo que he perdido un incentivo al que no había concedido la importancia que en realidad tiene para mí. Me he quedado perplejo, con una sensación que jamás había experimentado. Tu sermón y tu ejemplo, Antonio, me han empujado a lo que aquí empiezo. Hay que escribir para mantenerse vivo, para sobrevivir. ¿No es eso lo que me has repetido tantas veces?

En el pasado, he entrevisto cómo mi realidad se reflejaba en el espejo, cómo mis gestos modificaban lo que en él aparecía, cómo mi voz siempre inducía un eco por pálido que fuera. Ahora he perdido el reflejo y el eco, mi imagen está ausente y no me queda sino instalarme en el espejo de los días para suplir esa ausencia. Mi imagen real nutrida de la virtual, y no al contrario.

SOLEDAD

Era piedra lavada
por un río sin tiempo

emprendí el vuelo
sobre agua indiferente

no me reconoció la imagen
ni yo la reconocí...

salvo en encuentros
contados

del agua surgió la palabra
en busca de mi voz

trenes partieron
en todas direcciones

efímeras ondas
que se extinguieron

sin haber encontrado otras ondas
otras palabras, otras piedras.

He visto la película “Un método peligroso”, dirigida por Cronenberg de una forma aséptica, fría y ritual. Jung y Freud desgranar sus fábulas en un prolijo diálogo sobre el sexo, la muerte, la histeria y demás puntales de una pretendida ciencia que no es contrastable, pero que sin embargo ha teñido el alma colectiva del siglo XX. Yo tiendo a estar con mi amigo López-Barneo: Freud y sus seguidores jamás han curado a nadie.

29-11-11

Esta mañana leo un artículo aparecido en la revista *Nature*. Al parecer algunas observaciones recientes de ciertos neurólogos permitirían negar, al menos en parte, la existencia del libre albedrío, algo que pone sobre ascuas a los

filósofos que lo sitúan como parte de la razón incorpórea. El dispositivo experimental que permite realizar esas observaciones puede ser relativamente sencillo: se registra de un modo continuo la actividad neuronal en el cerebro del sujeto que va a tomar una decisión simple, tal como la de elegir, para pulsarlo, uno entre dos botones, y se comprueba que la decisión consciente se toma en torno a 1 segundo antes de la acción y que esta decisión está precedida por un patrón específico de actividad neuronal que permitiría al experimentador conocer la decisión del sujeto hasta 7 segundos antes de que él crea estar decidiendo. ¿Somos esclavos del ordenador de a bordo? ¿Es el de decisión un proceso meramente físico? ¿Cómo puedo llamar 'mía' una decisión que no sé cuando se ha tomado ni en qué ha consistido? Si este tipo de evidencia se refuerza y se matiza, habría que ver cómo afectaría a los códigos éticos y al tratamiento penal de los delitos.

Esta tarde seguiré leyendo con interés el libro *Las armas y las letras*, que Andrés Trapiello ha escrito sobre el comportamiento de los escritores de uno y otro bando durante los años de nuestra guerra civil. Entre otras cosas, Trapiello habla de una 'tercera España', pero del bien investigado libro trascienden muchas más de tres, casi tantas como escritores cuyas sucesivas decisiones difícilmente pueden adscribirse al libre albedrío.

30-11-11

He acabado de ver el serial "El ala oeste de la Casa Blanca", más de 100 horas de televisión que resumen los dos mandatos de un presidente ficticio de Estados Unidos. Los últimos episodios, que tratan, de una forma trepidante y creíble, de la campaña electoral del sucesor, me han recordado una experiencia de hace más de medio siglo. En el verano tardío y el otoño de 1956 tuve la afortunada posibilidad de vivir intensamente, a través de la televisión, la segunda campaña electoral de Eisenhower a la presidencia de los Estados Unidos. Fue mi primera experiencia como espectador de televisión y la primera ocasión que tuve de observar cómo funcionaba una democracia en la práctica, ya que por aquellos años en España ni la televisión ni la democracia eran monedas corrientes. Tuve la suerte de obtener una beca del American Field Service (AFS) para estudiar un año en un colegio americano. A mí me tocó el R.A. Long High School de Longview, Washington. El AFS fue el servicio de ambulancias operadas por voluntarios que actuó en la segunda guerra mundial.

Jaime Salinas fue uno de esos voluntarios y describe la experiencia con detalle en sus memorias, aludiendo varias veces a Stephen Galatti, que fundó y dirigió AFS con rango de General. En 1958 tuve ocasión de acompañar a Galatti en una visita a Sevilla. Recuerdo que me invitó a mi primer Martini-cocktail.

El contrincante de Eisenhower fue Adlai Stevenson, uno de los pocos candidatos a la presidencia de Estados Unidos que fue derrotado dos veces, hecho que se imputaba a que supuestamente era un intelectual, un *egghead* (cabeza de huevo). De forma peyorativa se le atribuía el siguiente slogan: "Eggheads del mundo, uníos." Mariano Rajoy también fue derrotado dos veces, pero está claro que no es un egghead. Debería haber perdido una tercera vez, para darle tiempo a que aprendiera inglés, ya que al parecer ocho años no han sido suficientes.

A lo largo del tiempo he tenido la oportunidad de seguir en directo varias campañas a la presidencia de Estados Unidos y todas me han interesado más que la última nuestra: un partido con demasiados corruptos, liderado por un provinciano proverbialmente reservado, frente a un partido cuyos militantes no han conocido otros aires que los enrarecidos del propio partido y que no saben si hay vida fuera de él, liderados por un político curtido y competente con un equipo de bajo peso específico. Adams, jefe de gabinete de Eisenhower, dimitió a las 24 horas de saberse que su mujer había recibido, como regalo de un industrial, un abrigo de piel.

En la serie de televisión están muy bien cuidados los detalles. Así por ejemplo, al agrónomo Norman Borlaug, premio Nobel de la Paz, se le cita varias veces a lo largo de todo un episodio y se da una versión muy correcta de la magnitud de su contribución al problema de alimentar a la humanidad. También la disparatada política de subvencionar la producción de alcohol a partir de granos de maíz en el Medio Oeste aparece muy bien reflejada con sus luces y sombras a lo largo de la narración. En general, todo lo que nos muestran resulta muy creíble y nos da una idea bastante detallada de cómo funciona el gobierno más poderoso del mundo.

En más de una ocasión se muestran visitas de estudiantes a la Casa Blanca, a menudo en escenas no exentas de humor, y algunas visitas son recibidas por el propio presidente. Yo mismo fui recibido, junto a otros becarios, por el presidente Eisenhower y por Nixon, que entonces era vicepresidente. Fue durante el viaje de vuelta a España, en el que visité 22 estados, a bordo de un autobús charter de la Empresa Greyhound. Conservo fotos tomadas en los jardines de la Casa Blanca el 18 de julio de 1957.

1-12-11

Esta semana he asistido a tres actos culturales: el ingreso de un nuevo académico en la Real Academia de Ingeniería y dos presentaciones de libros. El acto de ingreso es como el de primera comunión: uniforme reglamentario, ritual arcaico, familiares y amigos. Todavía no he logrado averiguar para qué sirve un académico como tal. Se discute si el cargo debe ser vitalicio o no. Yo debería dejarlo porque no tengo ya nada 'académico' que decir ni hay nadie interesado en lo que yo pueda pensar. Las presentaciones de libros son actos inanes, especialmente cuando los libros presentados no aspiran a tener, en el mejor de los casos, un número de lectores superior al de asistentes a cada acto.

Un ordenador del futuro necesitará para funcionar el equivalente energético de tres centrales nucleares, esto afirma uno de los varios ingenieros a los que me ha tocado escuchar esta semana, y lo afirma sin pestañear y sin matizar lo más mínimo la afirmación, su cara con la expresión beatífica del que contempla el futuro como una esplendorosa promesa sin mácula. Los discursos de todos los ingenieros que me han predicado esta semana han sido igualmente triunfalistas respecto a su capacidad para resolver los problemas del futuro. Pero el futuro ya ha llegado, el gasto actual de energía por la computación es ya ingente y casi nadie es consciente de ello; los problemas de la agricultura, la minería, el transporte o la urbanización en relación con el medio ambiente siguen por resolver en su mayor parte. ¿No necesitan y necesitarán los ingenieros ayuda de otros tipos de ciudadanos para afrontar los inconvenientes? ¿Quién nos defenderá de unos ordenadores más inteligentes que nosotros? Tal vez un mundo gobernado por un virus informático sea más razonable que el actual. Hay quien piensa que un virus vivo bien diseñado podría acabar aquí y ahora con nuestros problemas... si previamente acabara con nosotros.

4-12-11

Largo fin de semana en la alborotada compañía de los nietos. Es fascinante verlos crecer tan distintos entre sí, según una combinatoria que baraja colecciones diversas de tramos cromosómicos. A esta cuestión también ha llegado la globalización: ensaladas de genes griegos que volvieron de Rusia a Salónica en una contra-diáspora, genes italianos del sur y del centro, genes de la Galicia interior, el País Vasco, Extremadura o Andalucía. En la cola de

los columpios, unos aparecen en cabeza por arte de magia, otros respetan el turno y algunos son siempre relegados al final. Me pregunto qué será de cada uno de ellos en el futuro, cuando yo no esté.

JUEGOS DE NIÑOS

¡Tráela! ¡tráela! perrito.
¡No me la tires tan lejos!
Más lejos me la tira Leo.

Yo princesa y tú, dama.
Luego tú dama y yo, princesa.
¡Las damas nunca son princesas!

El dictador es cruel y sanguinario.
Si yo tuviera el suficiente poder
lo destriparía, lo arrastraría, lo...

En mi entrada inaugural (28-11-11), dije que iba a escribir 'sin destinatario', pero quería decir 'sin destinatario comercial', ya que apenas la escribí la envié a dos amigos, en aparente contradicción con lo allí afirmado. Sólo quería darles cuenta de que había empezado la nueva andadura; ni siquiera esperaba acuse de recibo. Sin embargo, ambos han respondido con críticas y matices.

Antonio Ferres me ha espetado que no debo decirlo todo tan claro ni apelar a la retórica, si no le he entendido mal. Reconozco esas tendencias mías, pero estas líneas no tienen en principio una intención literaria y en ellas pienso expresarme con tanta espontaneidad, claridad y precisión posibles, dentro de lo telegráfico.

Por otra parte, Cipriano Aragoncillo me ha escrito que, "en lo que se refiere a Freud (la película me gustó bastante), yo también pienso que no ha curado a nadie pero creo que ha posibilitado que se lleven mejor trastornos, problemas o simplemente circunstancias vitales." Tengo que admitir que mi escepticismo respecto al Psicoanálisis es tal vez visceral y no consecuencia de una profunda meditación. Me da la impresión de que, en cambio, la afirmación de Cipriano se

debe basar en los testimonios de los que creen haber sido favorecidos por dicho invento, aunque no sé cuál pueda ser la proporción de aquéllos a los que dejó indiferentes o la de los que fueron incluso perjudicados. Puestos a ello, la afirmación de Cipriano podría aplicarse igualmente a la homeopatía, el efecto placebo, la medicina de herbolario, la confesión de tus pecados o la imposición de manos, entre otras prácticas no científicas. Según mi modo de ver, el Psicoanálisis se situaría allí donde la Ciencia empieza a perder su honesto nombre.

La película no me disgustó, pero me pareció estática, con ambientes y paisajes muy bellos, pero con una frialdad de tarjeta postal.

7-12-11

En su día, no me apeteció ver “La vida secreta de las palabras”, de Isabel Coixet, y ayer sólo quería ver su principio en televisión, pero quedé prendido en la trama y no me fui a acostar hasta finalizar el coloquio correspondiente, en el que participaba la cineasta. La película me pareció magnífica tanto por su contenido como por la magistral forma de narrar. Somos ya insensibles a la violencia en directo, tal como se nos muestra a diario y, en cambio, Coixet ha sabido tocarnos de manera profunda al mostrarla de un modo indirecto. En el coloquio elogió, como una singularidad entre el magma de las ONG, a una que se ocupa de las mujeres que fueron víctimas de la violencia en las guerras de los Balcanes y encomió la continuada labor de su presidenta.

Sobre la mesa tengo dos libros, *Ecofacismo*, de Jorge Orduña, y *El lado oscuro de las ONG*, de J.D. Garrido Valls, ambos muy críticos con el entramado del altruismo. Sin desdeñar las críticas que en ellos se vierten y, por otro lado, dando por descontado que hay ONG que realizan una labor magnífica, creo importante referirme a otras, demasiadas, que incurren en graves defectos, tales como la falta de masa crítica para tener impactos significativos sobre los problemas que pretenden resolver, la babelización generalizada de ese mundo, la falta de eficacia y transparencia, la buena voluntad incompetente, la corrupción lisa y llana o el abuso de fondos mayoritariamente obtenidos de las distintas administraciones y sólo en una pequeña proporción de las donaciones privadas. En Haití, cuyos problemas siguen esencialmente sin resolver, han llegado a converger, según parece, más de 10.000 ONGs.

9-12-11

En esta semana de fiesta intermitente y crisis económica continua, nos han sorprendido las muchedumbres que invaden el centro urbano para comprar una navidad *made in China*. Intentamos ingenuamente atajar por la plaza Mayor para tomar un autobús en la Puerta del Sol y quedamos atrapados en una multitud que pretendía acercarse a comprar en los puestos allí instalados, llenos de adornos ideados en América y fabricados en Oriente. Nos resultó muy difícil salir de la plaza contra la avalancha de los que querían entrar. Mientras no fabriquemos y exportemos dragones y otros artefactos para el Año Nuevo Chino, no lograremos salir de la crisis.

En contraste con la experiencia anterior, ayer por la mañana fuimos de paseo a la Quinta de los Molinos, casi treinta hectáreas de paisaje levantino trasplantadas a pie de metro (Suances) en la parte alta de la calle Alcalá. Las grandes parcelas de almendros alcanzan su máximo esplendor en la temprana primavera, pero en estos días la finca sigue siendo un lugar hermoso y solitario, donde sólo pasean un escaso número de iniciados. Los almendros no han acabado de perder las hojas y ya tienen preparadas las duras yemas que florecerán en primavera. Europa, en cambio, es un continente senescente que ha olvidado preparar su futuro resurgir.

11-12-11

En el periódico de hoy, una foto a media página registra la ceremonia de entrega de los premios Nobel en Estocolmo. En el centro de la imagen, el poeta Tomas Tranströmer, en silla de ruedas, es aplaudido después de pronunciar su discurso. Tras él, aparecen de pie el resto de los galardonados. Entre ellos, el último por la izquierda, Jules A. Hoffmann, quien comparte el premio de Medicina de este año. Conozco a Jules desde hace un par de décadas y he compartido con él algunas experiencias. Juntos organizamos hace tiempo un workshop sobre la inmunidad innata en organismos superiores, tema sobre el que ambos investigábamos, él en la mosca de la fruta y yo en las plantas.

Los primeros indicios de la inmunidad innata los habíamos encontrado en plantas una década antes que se identificaran en insectos y, aún más tarde, en animales, incluidos los humanos. Esto supuso para mí que empezara a ser invitado a reuniones organizadas por los médicos. Descubrí que éstos se daban mu-

cho mejor vida que los agrónomos: mejores banquetes, mejores hoteles, regalos de corbatas y foulards... otro mundo. En una selecta reunión en Copenhague, cenamos con el matrimonio Hoffmann en el comedor de la que fue vivienda de Niels Bohr, una cena que había sido elaborada por el cocinero de la Reina.

En otra ocasión coincidimos como invitados en una Gordon Conference que tuvo lugar en un Holiday Inn cerca de Los Ángeles. El trabajo de Hoffmann fue tal vez el más notable y completo de los que allí se presentaron, pero la verdadera sensación de aquella reunión fue la presencia de una colaboradora que le acompañaba, criatura que parecía fugada del vecino Hollywood: una rusa rubia, pálida y esbelta, con tacones altos, chaqueta y pantalón de seda gris perla y peinada con un complicado e impecable moño, de la que se rumoreó que era hija de un coronel de la KGB. La apodé Ninotchka. El segundo día hicimos una excursión en barco para ver unas ballenas que parecían felices entre pozos de petróleo. No fui el único pero sí el que tal vez se mareó en mayor medida, a pesar de que el oleaje era bastante suave, y mientras yo devolvía al mar lo que era del mar, Ninotchka se paseó por la cubierta como si ésta fuera la más selecta de las pasarelas parisinas. El tercer día, Jules y ella desaparecieron para visitar un desierto vecino. Me la imaginé con el mismo atuendo entre los cactus.

El trabajo de Hoffmann sobre la inmunidad innata en la mosca *Drosophila* ha sido importante para entender el mismo fenómeno en el ser humano, lo que justifica la concesión del premio Nobel de Fisiología y Medicina. Hace casi dos décadas que recibo una invitación del Comité Nobel para Fisiología y Medicina para que proponga candidato, un sobre grande con impresos e instrucciones. Nunca me he sentido capaz de identificar y fundamentar un candidato que sobresaliera sobre muchos otros posibles y, en consecuencia, nunca he propuesto a nadie. Este año el Nobel ha caído en mi territorio y he perdido una oportunidad única, no sólo de proponer sino de acertar.

Me llaman de El Cultural para pedirme que seleccione los descubrimientos científicos más relevantes de este año y, de nuevo, me encuentro perdido porque no sé cómo cumplir con dicha demanda. Ni siquiera en mi campo, cuyo desarrollo ya no sigo asiduamente, sería capaz de hacerlo y, mucho menos, a lo largo y a lo ancho de todas las ciencias. Con los avances científicos dignos de mención ocurre como con las catástrofes, que se producen a cada rato y

no nos da tiempo a cerciorarnos de su magnitud. Contra ellos, como contra los patógenos, también se ha desarrollado una especie de inmunidad innata.

En el periódico no comprenden que yo confiese mi ignorancia e incapacidad; adjudican al científico individual lo que únicamente puede ser virtud colectiva. Por cortesía, no tendré más remedio que proponer, con fingido candor, qué avance me han emocionado más este año. Hablaré de las estrellas y de la materia oscura. Ya veremos.

13-12-11

Acabo de leer la novela *La espantosa intimidad de Maxwell Sim*, de cuyo autor, Jonathan Coe, llevo leídas dos anteriores que me gustaron mucho. Esta última he estado varias veces a punto de abandonarla (no lo he hecho por amortizar los euros gastados en ella, una pésima razón para seguir leyendo). Sólo a partir de la mitad ha tomado vuelo este relato sobre un hombre gris y anodino, que ha sido viajante de comercio y empleado de unos almacenes y que, como su padre, ha fracasado por completo en sus relaciones humanas (padre, mujer, hija...). En la parte final, en tres o cuatro momentos de la narración, se desvela, gracias al azar, la clave común que explica por qué al padre y al hijo les ha ido como les ha ido.

Esta lectura me ha hecho reconsiderar una conversación que tuve con Andrés Berlanga hace un par de meses a propósito de la gestión del misterio en narrativa. Éste me refirió a la novela *El lector* de Bernhard Schlink como ejemplo magistral de un modo de ir desgranando el misterio. Aunque no había leído la novela, estuve de acuerdo con él porque había visto la película. Luego leí la novela que, de momento, no modificó mi primera impresión. Ahora, después de leer la novela de Coe, me inclino a revisar aquella primera visión. En la versión cinematográfica, el peso de la narración lo soporta la cámara y el parsimonioso desvelamiento fluye de un modo natural y sin chirridos. Sin embargo, en la versión escrita, el narrador-protagonista conoce todos los entresijos del misterio desde antes de empezar la narración, que se realiza tiempo después del desenlace de la historia, y por tanto su cuquería con la información sólo puede engatusar a un lector incauto como yo y es claramente tramposa. En el caso de la novela de Coe, lo que ocurre es que no se da indicio alguno de que hay algún misterio a desvelar y esto desincentiva al lector. Coe, en cambio,

no engaña porque lo que está contando es cómo descubrió lo que descubrió. Para estar más seguro de lo que digo tendría que volver a leer ambas novelas, pero eso, de momento, no me apetece.

15-12-11

Álvaro Delgado y Amalia Iglesias me comunican el cierre definitivo de *Revista de Libros* por retirada de la subvención que venía recibiendo de la Fundación de Caja Madrid. Esta muerte en plenitud me ha afectado profundamente por varias razones. En primer lugar por los artífices de su indudable éxito, Álvaro y Amalia, quienes no merecían que su gran esfuerzo fuera anulado de esta forma. En segundo lugar por este país, que se queda huérfano de una revista única en su género y que iba mucho más allá de lo designado por su modesto título. Algo tan difícil de lograr ha sido derrotado por la crisis económica y, sobre todo, por la cerrazón de quienes deberían tener mejor criterio. Finalmente, soy yo quien queda profundamente afectado.

Descubrí RdL justo cuando terminaba mi andadura como investigador en un restringido campo intelectual, y la invitación a colaborar en ella me brindó la oportunidad de desenvolverme activamente en el ancho mundo de la cultura. En ella y a través de ella, con la preciosa ayuda de Álvaro y Amalia, he podido acceder a una hermosa y feliz aventura que jamás soñé con poder vivir. Estoy muy triste.

El mismo día me llega un e-mail de Manuel Losada, un octogenario ex profesor e investigador de distinguida trayectoria, quien me felicita por Navidad y Año nuevo y me adjunta un ensayo de 30 páginas, titulado *María, Madre de Dios y Esperanza Nuestra* que, con mucho esfuerzo y Su ayuda, ha escrito para el primer número del *Anuario* de la Hermandad de la Esperanza Macarena, donde acaba de salir publicado. Aunque estoy familiarizado con las ideas religiosas de muchos científicos y sabía que el profesor Losada era religioso, el texto me ha sorprendido por su candor ultramontano, por su ferocidad excluyente y por su terminología. Habla de la única fe posible e introduce un concepto nuevo para mí: la fe científica, lo que quiera que eso sea.

Ha muerto *Revista de Libros* y ha nacido el *Anuario* de la Macarena. No tendré más remedio que enviar mi próximo artículo sobre la fallida cumbre de Durban al citado *Anuario* (tendrá que ser para el segundo número).

Viajamos a Sevilla so pretexto académico. Encontramos que los deudos científicos de Losada [D. Manuel, como ellos le llaman] están perplejos ante su excursio mariano. Están tan sorprendidos como yo. ¡Cómo está D. Manuel! dicen. De niño, en la época del hambre, recuerdo ver pasar en procesión a la Macarena con su mantón bordado en oro y más de un centenar de valiosas joyas prendidas en su vestido, todas ellas donaciones de sus devotos. El capillismo es un híbrido pagano del cristianismo en el que el sentimiento religioso se encarna en una sola imagen, una sola advocación del Cristo o de la Virgen, con exclusión de otras imágenes o ideas. En Arcos de la Frontera, los capillitas de la parroquia de San Pedro inician el Ave María, con la frase “San Pedro, Madre de Dios”, para no evocar a la imagen rival de la parroquia de Santa María.

“Dale a tu cuerpo alegría, Macarena”

18-12-11

Llevamos a los nietos a los jardines de Murillo. El autobús nos deja en pleno Prado de San Sebastián, el real de la Feria de Sevilla cuando yo tenía su edad. Ahora ha quedado cubierto por los edificios de los juzgados, al este, y por unos tupidos jardines que se extienden por el lado oeste hasta la plaza de España y el parque de María Luisa. Era un prado sin hierba, un suelo de tierra compactada en el que se erigían las casetas de feria, en primavera, varios cines al aire libre, en verano, y donde jugábamos al fútbol niños y adolescentes de todas las clases sociales, venidos de todos los confines, ya que no había otro sitio para el deporte en aquella ciudad. La llamada calle del Infierno, que albergaba los tivovivos y las atracciones de feria, se instalaba en años alternos junto a mi casa, donde están ahora los juzgados. Así conocí a todas las personalidades importantes de aquel mundo: la mujer araña, la barbuda, los hermanos gordos, el siempre hambriento barquero, al que bajábamos bocadillos de vez en cuando y al botijero, que vendía agua incluso a nosotros, que la teníamos gratis en casa.

Los residentes que no llevábamos varias generaciones de arraigo estábamos condenados a ser meros espectadores de la feria, con sus coches de caballos ricamente enjaezados, los jinetes y las exclusivas casetas. Sevilla ha sido siempre una sociedad cerrada. Para el fútbol, el prado era un campo más abierto donde se reunían todas las clases sociales y donde yo, audaz delantero que ocupaba la primera vacante en cualquier equipo, cedí mi perfil griego

a golpe contrario, la integridad de la tibia a una patada vil y la fe en el amor al frío puñal del desdén.

Los improvisados telones de los cines al aire libre mostraban mundos mágicos al otro lado de la valla y, a través del balcón del dormitorio, obligadamente abierto en los tórridos veranos, se oían los diálogos cruzados de las varias películas que se proyectaban simultáneamente, en una torpe combinatoria de la vida.

Mi casa tenía salida a las dos fachadas del bloque. Dos pesadas cancelas guardaban las entradas. La del Prado me salvó en una ocasión de una caterva de perseguidores enfurecidos, el equipo contrario al completo que no supo perdonar eso que ahora llaman una falta técnica cometida por mí. La otra cancela daba a los jardines de Murillo y a la avenida que llevaba a la antigua estación de San Bernardo, hoy sustituida por una estación de cercanías, donde ahora puede tomarse un tren que nos lleve hasta las proximidades de la Huerta de la Loca. Entonces teníamos que ir andando, con nuestro equipaje a cuestas, unos kilómetros desde el pueblo de Dos Hermanas. El trayecto de vuelta era el peor, los pantalones cortos no protegían del roce de la arpillera del saco medio lleno de frutas y verduras. Nuestra dieta ganaba en frescura lo que perdía en variedad: coliflores cuando las coliflores, papas cuando las papas, naranjas en invierno e higos en verano. Hacíamos la matanza y teníamos una vaca lechera para evitar la lechería de la esquina, que vendía tres calidades de leche, según la cantidad de agua añadida. La obsesión de mi padre era que tuviéramos suficiente calcio para nuestros huesos.

Albero recién regado en la calle interminable
toscas sillas recostadas contra el blanco adobe
sentados esperan la primera brisa de otra madrugada
en la que dormir un hambre que no cesa
una poderosa sed sin agua que la sacie
el barbero explica la caza con reclamo
pero hace tiempo que no quedan pájaros
volvemos de una feria empobrecida
pasamos fugaces vestidos de blanco
camino de nuestra mísera opulencia
de pan, membrillo, aceite y azúcar
por primera vez intuyo lo que se siente.

Subían a los frutales como aves voraces
aquella mañana lo encontramos caído
las ramas de las higueras traicionan
a sus confiados visitantes furtivos
le vendamos el brazo y bebió leche
al atardecer lo vimos de nuevo
en lo alto, tras los higos negros
pero yo ya no fui de la partida.

Atravesando los jardines de Murillo se llega al barrio de Santa Cruz, un dédalo de calles irregulares y callejones sin salida en el que abundan las grandes casonas selladas por enormes portales que dejan entrever patios y jardines misteriosos. Una estrecha calle ciega da acceso, a través de una cancela, a la parte de atrás de la parroquia de Santa Cruz y termina en una puerta cerrada que representa la ínfima fachada de un destartado caserón que en tiempos albergaba a la familia de unos compañeros de colegio. Una vez traspasé esa puerta para iniciarme en el deporte del boxeo. Paso ahora por sus proximidades y recuerdo la experiencia. Algunas noticias me han ido llegando del responsable de mi iniciación, que se llama Julio de la Rosa y ha sido con el tiempo un novelista de fino estilo. Con qué labia me hizo acceder a medir mis guantes con los suyos en la lona gris del improvisado ring. El iba perfectamente equipado, en calzón rojo, botas y guantes a juego. No tocó mi cara ni me alcanzaron sus golpes, salvo un terrible directo en la boca del estómago que terminó fulminante con mi incipiente carrera pugilística. Pude luego ser testigo de su derrota en primera ronda de un campeonato y más tarde vi que también colgaba los guantes. Ignorábamos entonces a cuántos golpes cotizaba el raído manto de la vocación. El fino estilo seguimos buscando en el arte endiablado de las palabras, un desigual pugilato en el que los codos acaban usándose en todas direcciones. El primero de segunda, dicen de él los críticos, como de sí mismo dijo el agudo Somerset, mientras que yo no llego a ser el segundo de tercera. Como ven, aún recuerdo su consejo de marcar siempre la distancia justa. El mayor combate de Julio M. de la Rosa fue por escrito, nada menos que frente a Camilo José de Cela, quien llegó a referirse a él como “mi rosado vapuleador” en la ‘tercera página’ del diario ABC.

21-12-11

El neurólogo sueco Henrik Ehrson usa maniqués, brazos de goma y realidad virtual para crear ilusiones corporales. Su trabajo pretende apoyar la idea de que no existe tal cosa como un alma o un yo que sea independiente del cerebro. Con los mencionados elementos, Ehrson es capaz de sondear, estirar y desplazar el sentido del yo del sujeto: puede convencerte, por ejemplo, de que tu yo flota varios metros por detrás de tu cuerpo y cuando un cuchillo se clave en tu pecho virtual te desmayarás, mientras un electrodo, conectado al dedo real, registrará el sudor que anegará tu cuerpo y en un ordenador portátil se registrará gráficamente el agudo pico de tu miedo. Las experiencias pueden hacerse más fantásticas todavía: Ehrsson puede convencerte de que has intercambiado el cuerpo con otra persona, adquirido un tercer brazo o viajado con Gulliver al país de los enanos o al de los gigantes. De momento, no pienso acercarme a Suecia.

22-12-11

Nature publica una entrevista con Roald Hoffmann (no confundir con Jules A.) y decido felicitarle el año. Este año ha publicado dos colecciones de ensayos de impronta filosófica sobre las relaciones entre Ciencia y Arte. Hace tiempo que no sabía nada de él y me alegro de que siga tan activo como siempre. Aquí recupero las palabras con las que describí nuestro primer encuentro en Nueva York:

«Las escuelas y los aeropuertos estaban cerrados, y los supermercados se habían vaciado ante lo que se vaticinaba como la mayor nevada de los últimos cincuenta años. No había tráfico, apenas pasaban algunos taxis con cadenas, pero todos iban llenos. La nieve empezaba a desbordar los protectores de goma que cubrían nuestros zapatos cuando Roald y yo fuimos al fin rescatados. Nos dirigimos a la parte alta de Broadway en busca de su madre para llevarla al fisioterapeuta. Una vez a bordo, Roald y su madre empezaron a hablar en ruso con el taxista y yo tuve la sensación de haber presenciado esa escena con anterioridad. Enseguida recordé un poema autobiográfico de Roald que había leído el día anterior mientras volaba de Madrid a Nueva York: una mujer exhausta lleva a un niño sobre los hombros, huye por la estepa de las tropas alemanas, después de pasar quince meses escondida en un ático, y encuentra cobijo en un camión lleno de soldados rusos (June 1944. *Gaps and Verges*).

University of Central Florida Press, 1990). La presencia física de aquella vivaz, aunque ya frágil nonagenaria en nada desmentía la de la valerosa joven madre de los poemas, superviviente de dos guerras mundiales

»Yo había traducido una decena de poemas de su libro *Memory effects* (Calhoun Press, 1999), prestado por un científico amigo, y había tenido la osadía de enviarle las traducciones por e-mail. Me contestó en el día con una larga carta en la que anunciaba el envío de su obra poética completa — tres libros publicados y dos en manuscrito — y sugería que nos conociéramos en un próximo viaje mío a Nueva York. Dio la casualidad de que tres semanas más tarde yo tenía una reunión en la Universidad de Columbia, donde él pasaba un semestre sabático. Por culpa de la nieve, llegué con dificultades al destaralado despacho que ocupaba temporalmente en el departamento de Química y sin más dilaciones entablamos una fluida conversación. Los libros enviados por su secretaria habían llegado justo antes de emprender viaje y los había venido leyendo, uno tras otro, mientras volábamos sobre el Atlántico. En ellos, jirón a jirón, aparecen nítidas la personalidad y la historia de Roald, por lo que, al encontrarme con él, tuve la sensación de que le conocía de antiguo.»

La de Roald es una vida llena de aventura: a los 12 años llegó a Estados Unidos procedente de un campo de expatriados, a los 27 hizo la aportación a la Química que habría de valerle el premio Nobel de 1981, a los 40 saltó a la poesía, a los 50 al ensayo filosófico y a los 60 se lanzó a escribir teatro. Su obra de teatro *Oxygen*, escrita en colaboración con el también químico Carl Djerassi, se ha representado este año en distintos sitios de Europa. En nuestro primer encuentro surgió la idea de publicar una antología bilingüe de su obra poética que incluiría un buen número de poemas traducidos por mí, junto a otros que ya habían sido traducidos, y que edité en 2001 bajo el título de *Catalista* (Huerga & Fierro).

En las nuevas entregas Hoffmann desarrolla, entre otras ideas, la de que, en contra del sentir general, lo sublime tiene tanta cabida en la Ciencia como en el Arte: «¿Porqué no aceptar aquel punto en el que uno conoce realmente algo que es profundo y universal? ¿Por qué (como científicos) no hacer las paces con lo sublime?». En otro punto de la entrevista repite algo que le he oído en más de una ocasión: «Los químicos te dirán que yo soy bueno en ingeniar explicaciones verbales y en extraer sentido a partir de cálculos toscos.» Roald admite que una parte esencial de su éxito como científico se debe a su capacidad de expresión.